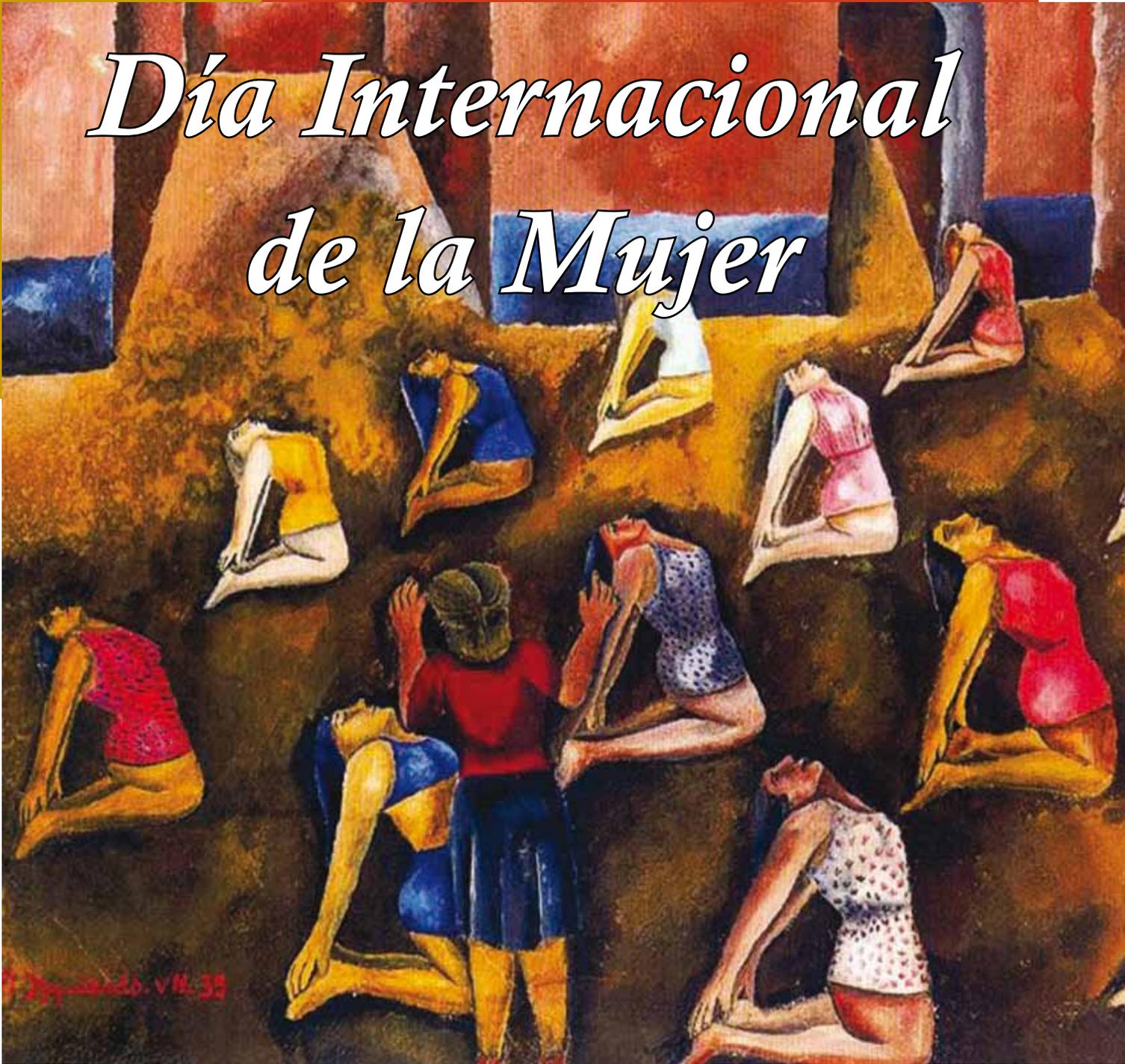


8 de marzo

# *Día Internacional de la Mujer*



Gaceta CCH

Órgano informativo del Colegio de Ciencias y Humanidades  
6 de marzo de 2017

Número especial 28



UNAM  
La Universidad  
de la Nación



En algunas culturas cuyo mundo valórico y creencias religiosas se fundamentan principalmente en el cristianismo, como es el caso de la mexicana, la percepción del ser y quehacer de la mujer, así como su constitución moral, cultural y social, se justifica con una lectura teológica de los orígenes de la humanidad.

La supuesta posición de la mujer ante Dios dentro de la jerarquía de sus creaturas es determinante y avala la idea que durante siglos se ha tenido de ella; indudablemente esta mirada ha generado el conjunto de prácticas de desvalorización y opresión que en ciertos contextos sociales y geográficos permanecen vigentes.

Graciela Hierro (Ciudad de México, 1928-2003) fue la principal introductora de la filosofía feminista en nuestro país. El siguiente fragmento de su artículo “La mujer y el mal” permite comprender por qué es tan complicado derribar el supuesto de la maldad inherente en la mujer.

## La teología feminista y el mal

Los estudios religioso-históricos emprendidos por las mujeres muestran la veneración a las diosas. Hay evidencia de que a partir del neolítico, en los comienzos de la civilización antigua, se encuentra por doquiera la imagen difusa de la Diosa, sin acompañamiento del culto de un dios masculino. E. O. James, en su libro clásico *El culto de la diosa madre*, afirma que esta veneración es una de las más antiguas y de mayor sobrevivencia en las religiones del mundo antiguo (citado en R. Radford, 1983, p. 470).



Tanto en la tradición hebrea del “Génesis” como en la creación platónica del *Timeo*, se habla de una materia primitiva ya existente, a la que le da forma el dios creador. Y esta materia se toma el punto más bajo en la jerarquía del ser. Así, la jerarquización de dios-hombre-mujer no sólo hace a la mujer secundaria en relación con dios; también le confiere una identidad negativa en relación con lo divino. Mientras el hombre es visto esencialmente como la imagen del dios masculino trascendente, la mujer se contempla como la imagen de lo más bajo, como la representación de la naturaleza material.

Aunque ambos, hombre y mujer, son vistos por la teología cristiana como “naturalezas mezcladas”, la identidad masculina apunta hacia lo celeste y la femenina a lo subterráneo, a lo telúrico de la “madre naturaleza”.

El género se convierte en el símbolo primario del dualismo de trascendencia e inmanencia, espíritu y materia, hombre-mujer. Con la derrota de la diosa por el dios hombre se consuma la unión de la mujer con la tierra. Es la madre naturaleza, la madre tierra, la “Pacha Mama” de los Incas. Lo terrestre frente a lo celeste y luminoso que es el principio masculino racional creador y regidor de lo existente: lo apolíneo.

Es en la teología cristiana donde aparece más clara la unión del mal con la mujer, propia de la religión monoteísta patriarcal que representa, en el cielo, la derrota de las viejas religiones de las diosas madres. Nuestra Coatlicue es un claro ejemplo de esta afirmación. Ella es la figura prístina del panteón azteca, “madre de los dioses”, origen de todo lo existente, derrotada primero por Huitzilopochtli, su hijo, y luego, al identificarse con María de Guadalupe, por Cristo. “María bendita entre todas las mujeres...”.

En el imaginario patriarcal somos las más malas, pero también podemos ser las más buenas. Carentes de ser, pero dadoras de ser. Nuestra salvación es la maternidad dentro de los límites establecidos por el patriarcado. Somos portadoras de los rasgos esencialmente femeninos de cuidado y nutrición; ambos rasgos: maldad y bondad “intrínsecas” han servido como medios de control. Bondadosas por obedientes y viviendo vidas de servicio. Aunque es difícil referirse a las mujeres en conjunto en vista de nuestras diferencias, tenemos en común la experiencia doméstica de responsabilidad, en el cuidado,

mantenimiento y nutrición de nuestras familias.

La bondad femenina es utilizada como forma de control de las mujeres. Somos las “buenas” por la maternalidad; por el cuidado y atención a los otros se nos ha considerado el “ángel del hogar”. En suma, o somos malvadas por la atracción que tenemos hacia los asuntos “carnales”, o la encarnación de la bondad misma por nuestros rasgos naturales de procreación que conllevan la compasión y el cuidado.

Esta circunstancia ha propiciado la subordinación de las mujeres, por malas o por buenas. Ambos rasgos, bondad o maldad, han servido como medio de control que nos ha hecho sentir bondadosas por obedientes, por vivir nuestras funciones de servicio a los otros; en el orden patriarcal sólo la obediencia nos dignifica. Además de la obediencia, hemos de ajustarnos al modelo de vida que nos ofrece el patriarcado.

Hierro, G. (1992). La mujer y el mal. *Isegoría* 6. Recuperado de [www.cihuatl.pueg.unam.mx/pinakes/userdocs/assust/A2/A2\\_1560.pdf](http://www.cihuatl.pueg.unam.mx/pinakes/userdocs/assust/A2/A2_1560.pdf)

No existe un solo tipo de mujer; si bien el denominador común se explica desde la biología, la complejidad cultural y socioeconómica apunta hacia la diversidad de contextos y circunstancias de desarrollo para cada una de ellas. Todas las mujeres mexicanas, como lo entendió la escritora Rosario Castellanos (Ciudad de México, 1925; Tel Aviv, 1974) a mediados del pasado siglo, comparten en principio la libertad de ejercer sus derechos y la responsabilidad de cumplir con sus obligaciones de ciudadanas, pero romper con paradigmas y estereotipos, o perpetuarlos, ha sido y será una elección individual.

## La abnegación: una virtud loca

No existe la esencia de lo femenino. Porque lo que en una cultura se considera como tal en otra o no se toma en cuenta o forma parte de las características de la masculinidad.



Pero entonces, si no existe la esencia de lo femenino, tendremos que admitir que lo que existe son las encarnaciones concretas de la femineidad...

Si esto es así resulta lícito que enfoquemos nuestra atención a la problemática de la mujer mexicana contemporánea. ¿Qué es lo que encontramos? A la primera mirada se nos ofrece una variedad aparentemente irreductible. La joven indígena que pastorea ovejas en las llanuras de Chiapas, ¿pertenece a la misma especie que la estudiante de la Facultad de Ciencias? ¿Y la muchacha provinciana que continúa llevando ‘la blusa subida hasta la oreja y la falda bajada hasta el huesito’ vive en el mismo siglo que la deportista que practica el esquí acuático en Acapulco o en otras playas de moda, cubierta apenas con las abreviaturas del bikini? ¿Y qué hay de común entre la sirvienta que acaba de descubrir el milagro de la licuadora y la azafata para quien el recorrido alrededor del mundo no es más que una rutina?

Es cierto que cada uno de los ejemplos que hemos mencionado (y hay muchos más y son igualmente antagónicos) ocupan estratos económicos, culturales y aun temporales, diferentes. Pero todas están ligadas entre sí, por lo pronto, de las siguientes maneras: todas están sujetas a los derechos y obligaciones de una misma legislación; todas han heredado el mismo acervo de tradiciones, de costumbres, de normas de conducta, de ideales, de tabúes; todas están dotadas del mismo grado de libertad como para reclamar sus derechos si se les merman, como para cumplir o no con las obligaciones que se les imponen; como para optar entre la repetición de los usos ancestrales o la ruptura con ellos; como para aceptar o rechazar los arquetipos de vida que la

sociedad les presenta; como para ampliar o reducir los horizontes de sus expectativas; como para no aceptar las prohibiciones o como para acatarlas.

Castellanos, R. (1971). *La abnegación: una virtud loca*. Recuperado de [http://www.debatefeminista.pueg.unam.mx/wp-content/uploads/2016/03/articulos/006\\_20.pdf](http://www.debatefeminista.pueg.unam.mx/wp-content/uploads/2016/03/articulos/006_20.pdf)

Hay mujeres que eligen el compromiso social y el arte como aliado incondicional de la libertad de expresión. La denuncia se vuelve melodía.

En la siguiente canción interpretada por Violeta Parra (San Carlos, Chile, 1917; Santiago de Chile, 1967), se hace una vívida descripción de los festejos por el centenario de la independencia de su país. Al igual que en México, en 1910, el 18 de septiembre, el país sudamericano cumplía 100 años de haberse desprendido de la Corona española; la ausencia de sectores populares fue evidente: la fiesta sólo incluyó a las altas esferas de la sociedad chilena. En medio de desfiles militares, eclesiásticos y aristocráticos, en cada hogar se desarrollaba un drama que auguraba un porvenir de miseria e incertidumbre.



## Yo canto a la diferencia

Yo canto a la chillaneja si tengo que decir algo,  
y no tomo la guitarra por conseguir un aplauso.  
Yo canto a la diferencia que hay de lo cierto a lo falso.  
De lo contrario, no canto.

Les voy hablar enseguida de un caso muy alarmante:  
atención el auditorio que va a tragarse el purgante.

Ahora que celebramos el dieciocho más galante,  
la bandera es un calmante.

Yo paso el mes de septiembre con el corazón crecido  
de pena y de sentimiento, de ver mi pueblo afligido.  
El pueblo amando la patria y tan mal correspondido,  
el emblema por testigo.

En comando importante juramento a la bandera,  
sus palabras me repican de tricolor las cadenas,  
con alguaciles armados en plazas y alamedas,  
y al frente de las iglesias.

Los ángeles de la guarda vinieron de otro planeta  
porque su mirada turbia, su sangre de mala fiesta.  
Profanos suenan tambores, clarines y bayonetas.  
Dolorosa la retreta.

Afirmo, señor ministro, que se murió la verdad.  
Hoy día se jura en falso, por puro gusto nomás,  
engañan al inocente, sin ni una necesidad,  
y arriba la libertad.

Ahí pasa el señor vicario con su palabra bendita.  
¿Podría, su santidad, oírme una palabrita?  
Los niños andan con hambre, les dan una medallita,  
o bien una banderita.

Por eso, su señoría, dice el sabio Salomón,  
hay descontento en el cielo, en Chuqui y Concepción,  
ya no florece el copihue y no canta el picafloor.  
Centenario de dolor.

Un caballero pudiente, agudo como un puñal,  
me mira con la mirada de un poderoso volcán,  
y con relámpagos de oro desliza su cadillac.  
¡Cueca de oro y libertad!

De arriba alumbra la luna con tan amarga verdad  
la vivienda de la Luisa, que espera maternidad.  
Sus gritos llegan al cielo, nadie la habrá de escuchar  
en la fiesta nacional.

La Luisa no tiene casa ni una vela ni un pañal.  
El niño nació en las manos de la que cantando está.  
Por un reguero de sangre, mañana irá el Cadillac.  
Cueca amarga nacional.

La fecha más resaltante, la bandera va a flamear,  
la Luisa no tiene casa, la parada militar,  
y si va al parque la Luisa, ¿a dónde va a regresar?  
Cueca triste nacional.

Yo soy a la chillaneja, señores, para cantar.  
Si yo levanto mi grito no es tan sólo por gritar,  
perdóneme el auditorio si ofende mi claridad.  
Cueca larga militar.

Recuperado de <https://www.vagalume.com.br/violeta-parra/yo-canto-a-la-diferencia-versao-original.html>

Entre las inagotables causas a las que pueden dedicar sus vidas, numerosas mujeres se plantean como portavoces de sus pueblos en la búsqueda de justicia, desarrollo y mejor calidad de vida. Su estandarte es la conciliación y la paz en mundos convulsos en los que la dirigencia masculina no siempre contribuye a lograr el equilibrio o —situación más lamentable— genera atropellos, agresiones y violencia hasta el grado del genocidio.

Rigoberta Menchú (Laj Chimel, 1959) fue acreedora al premio Nobel de la Paz en 1992, otorgado a quienes impulsan reivindicaciones pacíficas. Las comunidades indígenas sumidas en la pobreza, torturadas y asesinadas por aparatos policíacos y militares encontraron una representante; sus mujeres, una esperanza de dignificación.



## Discurso de recepción del Premio Nobel de la Paz

Entre los rasgos que caracterizan a la sociedad actual está el papel de la mujer, sin que por ello la emancipación de la mujer haya sido conquistada plenamente en ningún país del mundo.

El desarrollo histórico de Guatemala refleja ahora la necesidad y la irreversibilidad de la contribución activa de la mujer en la configuración del nuevo orden social guatemalteco y, modestamente, pienso que las mujeres indígenas somos ya un claro testimonio de ello. Este Premio Nobel es un reconocimiento a quienes han sido, y todavía lo son en la mayor parte del mundo, las más explotadas de los explotados; las más discriminadas de los discriminados; las más marginadas de los marginados y, sin embargo, productoras de vida, de conocimiento, de expresión y de riqueza.



La democracia, el desarrollo y la modernización de un país se hacen imposibles e incongruentes sin la solución de estos problemas.

Igualmente importante es el reconocimiento en Guatemala de la Identidad y los Derechos de los Pueblos Indígenas, que han sido ignorados y despreciados no sólo en el período colonial, sino en la era republicana. No se puede concebir una Guatemala democrática, libre y soberana, sin que la identidad indígena perfile su fisonomía en todos los aspectos de la existencia nacional.

Será indudablemente algo nuevo, inédito, con una fisonomía que en este momento no podemos formular. Pero responderá auténticamente a la Historia y a las características que debe comprender una verdadera nacionalidad guatemalteca. A su perfil verdadero, por tanto tiempo desfigurado.

Esta urgencia y esta vital necesidad son las que me conducen en este momento, en esta tribuna, a plantear a la opinión nacional y a la comunidad internacional interesarse más activamente en Guatemala.

Tomando en consideración que en relación a mi papel como Premio Nobel en el proceso de negociaciones por la paz en Guatemala se han manejado un abanico de posibilidades, pienso que éste es más bien el de

promotora de la paz, de la unidad nacional, de la defensa de los derechos indígenas...

Convoco a todos los sectores sociales y étnicos que componen el pueblo de Guatemala a participar activamente en los esfuerzos por encontrar una solución pacífica al conflicto armado, forjando una sólida unidad entre los pueblos ladino, negro e indígena, que deben de formar en su diversidad la guatemalidad.

Con ese mismo sentido, yo invito a la comunidad internacional a contribuir con acciones concretas a que las partes superen las diferencias que en este momento mantienen las negociaciones en una situación de expectativa, y así se logre, primero, firmar un acuerdo sobre Derechos Humanos. Para que luego se reanuden las rondas de negociación y se encuentren los puntos de compromiso que permitan que este acuerdo de Paz sea firmado y que la verificación del mismo se haga inmediatamente, pues no me cabe la menor duda de que esto traería un alivio substancial a la situación existente en Guatemala.

Fragmento recuperado de [http://www.nobelprize.org/nobel\\_prizes/peace/laureates/1992/tum-lecture-sp.html](http://www.nobelprize.org/nobel_prizes/peace/laureates/1992/tum-lecture-sp.html)

La sensación de un placer que se cree prohibido o, en el mejor de los casos, extravagante para una mujer se debe a la premisa —absurda— de que el trabajo intelectual y creativo sólo puede encontrar su plenitud en la mente masculina.

La niña ha sido educada, aunque con excepciones, para la emotividad relacionada con el amor romántico, para la diligente labor organizativa en el hogar y para la garantía de la supervivencia de los hijos. Pero en el siguiente cuento de Clarice Lispector (*Chechelnik*, Ucrania, 1920; *Río de Janeiro*, 1977) la protagonista tiene inquietudes diferentes y las oportunidades para apaciguarlas provienen de su mundo esencialmente femenino: las mujeres son antagonistas y coadyuvantes.



## Felicidad clandestina

Ella era gorda, baja, pecosa y de pelo excesivamente crespo, medio amarillento. Tenía un busto enorme, mientras que todas nosotras todavía éramos chatas. Como si no fuese suficiente, por encima del pecho se llenaba de caramelos los dos bolsillos de la blusa. Pero poseía lo que a cualquier niña devoradora de historietas le habría gustado tener: un padre dueño de una librería.

No lo aprovechaba mucho. Y nosotras todavía menos: incluso para los cumpleaños, en vez de un librito barato por lo menos, nos entregaba una postal de la tienda del padre. Encima siempre era un paisaje de Recife, la ciudad donde vivíamos, con sus puentes más que vistos.

Detrás escribía con letra elaboradísima palabras como “fecha natalicio” y “recuerdos”.

Pero qué talento tenía para la crueldad. Mientras haciendo barullo chupaba caramelos, toda ella era pura venganza. Cómo nos debía odiar esa niña a nosotras, que éramos imperdonablemente monas, altas, de cabello libre. Conmigo ejerció su sadismo con una serena ferocidad. En mi ansiedad por leer, yo no me daba cuenta de las humillaciones que me imponía: seguía pidiéndole prestados los libros que a ella no le interesaban.

Hasta que le llegó el día magno de empezar a infligirme una tortura china. Como al pasar, me informó que tenía *Las travesuras de Naricita*, de Monteiro Lobato.

Era un libro gordo, válgame Dios, era un libro para

quedarse a vivir con él, para comer, para dormir con él. Y totalmente por encima de mis posibilidades. Me dijo que si al día siguiente pasaba por la casa de ella me lo prestaría.

Hasta el día siguiente, de alegría, yo estuve transformada en la misma esperanza: no vivía, flotaba lentamente en un mar suave, las olas me transportaban de un lado a otro.

Literalmente corriendo, al día siguiente fui a su casa. No vivía en un apartamento, como yo, sino en una casa. No me hizo pasar. Con la mirada fija en la mía, me dijo que le había prestado el libro a otra niña y que volviera a buscarlo al día siguiente. Boquiabierta, yo me fui despacio, pero al poco rato la esperanza había vuelto a apoderarse de mí por completo y ya caminaba por la calle a saltos, que era mi manera extraña de caminar por las calles de Recife. Esa vez no me caí: me guiaba la promesa del libro, llegaría el día siguiente, los siguientes serían después mi vida entera, me esperaba el amor por el mundo, y no me caí una sola vez.

Pero las cosas no fueron tan sencillas. El plan secreto de la hija del dueño de la librería era sereno y diabólico. Al día siguiente allí estaba yo en la puerta de su casa, con una sonrisa y el corazón palpitante. Todo para oír la tranquila respuesta: que el libro no se hallaba aún en su poder, que volviese al día siguiente. Poco me imaginaba yo que más tarde, en el curso de la vida, el drama del “día siguiente” iba a repetirse para mi corazón palpitante otras veces como aquélla.

Y así seguimos. ¿Cuánto tiempo? Yo iba a su casa todos los días, sin faltar ni uno. A veces ella decía: Pues el libro estuvo conmigo ayer por la tarde, pero como tú no has venido hasta esta mañana se lo presté a otra niña. Y yo, que era propensa a las ojeras, sentía cómo las ojeras se ahondaban bajo mis ojos sorprendidos.

Hasta que un día, cuando yo estaba en la puerta de la casa de ella oyendo silenciosa, humildemente, su negativa, apareció la madre. Debía de extrañarle la presencia muda y cotidiana de esa niña en la puerta de su casa. Nos pidió explicaciones a las dos. Hubo una confusión silenciosa, entrecortado de palabras poco aclaratorias. A la señora le resultaba cada vez más extraño el hecho de no entender. Hasta que, madre buena, entendió al fin. Se volvió hacia la hija y con enorme sorpresa exclamó: ¡Pero si ese libro

no ha salido nunca de casa y tú ni siquiera querías leerlo!

Y lo peor para la mujer no era el descubrimiento de lo que pasaba. Debía de ser el horrorizado descubrimiento de la hija que tenía. Nos espiaba en silencio: la potencia de perversidad de su hija desconocida, la niña rubia de pie ante la puerta, exhausta, al viento de las calles de Recife. Fue entonces cuando, recobrándose al fin, firme y serena, le ordenó a su hija:

–Vas a prestar ahora mismo ese libro.

Y a mí:

–Y tú te quedas con el libro todo el tiempo que quieras. ¿Entendido?

Eso era más valioso que si me hubiesen regalado el libro: “el tiempo que quieras” es todo lo que una persona, grande o pequeña, puede tener la osadía de querer.

¿Cómo contar lo que siguió? Yo estaba atontada y fue así como recibí el libro en la mano. Creo que no dije nada. Cogí el libro. No, no partí saltando como siempre. Me fui caminando muy despacio. Sé que sostenía el grueso libro con las dos manos, apretándolo contra el pecho. Poco importa también cuánto tardé en llegar a casa. Tenía el pecho caliente, el corazón pensativo.

Al llegar a casa no empecé a leer. Simulaba que no lo tenía, únicamente para sentir después el sobresalto de tenerlo. Horas más tarde lo abrí, leí unas líneas maravillosas, volví a cerrarlo, me fui a pasear por la casa, lo postergué más aún yendo a comer pan con mantequilla, fingí no saber dónde había guardado el libro, lo encontraba, lo abría por unos instantes. Creaba los obstáculos más falsos para esa cosa clandestina que era la felicidad. Para mí la felicidad siempre habría de ser clandestina. Era como si yo lo presintiera. ¡Cuánto me demoré! Vivía en el aire... había en mí orgullo y pudor. Yo era una reina delicada.

A veces me sentaba en la hamaca para balancearme con el libro abierto en el regazo, sin tocarlo, en un éxtasis purísimo. No era más una niña con un libro: era una mujer con su amante.

Recuperado de <http://ciudadseva.com/texto/felicidad-clandestina/>

El Día Internacional de la Mujer se instituyó en honor a quienes consiguieron con sangre, sudor, lágrimas y vida, derechos y garantías individuales que en algunos casos siguen siendo cuestionados o puestos a prueba en este siglo XXI. Uno de esos derechos es el de la integridad emocional y física, como debe ser para cualquier ser humano. Sin embargo, desgraciadamente en México hay mucho que contar con respecto a la violencia contra las mujeres. Desde la tragedia en cada hogar o pequeña comunidad hasta zonas o ciudades enteras en las que se traza un patrón de asesinato, el país se desgaja en la inseguridad y la ignominia.

Marcela Lagarde (Ciudad de México, 1948) es antropóloga y académica de la UNAM. Su labor política se centró en la defensa de los derechos de las mujeres.



## Femicidio, el último peldaño de la agresión

Es preciso aclarar que hay femicidio en condiciones de guerra y de paz. La categoría femicidio es parte del bagaje teórico feminista. Sus sintetizadoras son Diana Russell y Jill Radford. Su texto es *Femicide. The politics of woman killing*.

La traducción de *femicide* es femicidio. Sin embargo, traduje *femicide* como femicidio y así la he difundido. En castellano femicidio es una voz homóloga a homicidio y sólo significa asesinato de mujeres. Por eso para diferenciarlo preferí la voz femicidio y denominar así al conjunto de hechos de lesa humanidad que contienen los crímenes y las desapariciones de mujeres.

El femicidio es el genocidio contra mujeres y sucede cuando las condiciones históricas generan prácticas sociales que permiten atentados contra la integridad, la salud, las libertades y la vida de las mujeres. En el femicidio concurren en tiempo y espacio daños contra mujeres realizados por conocidos y desconocidos, por violentos, violadores y asesinos individuales y grupales, ocasionales o profesionales, que conducen a la muerte cruel de algunas de las víctimas. No todos los crímenes son concertados o realizados por asesinos seriales: los hay seriales e individuales, algunos son cometidos por conocidos: parejas, parientes, novios, esposos, acompañantes, familiares, visitas, colegas y compañeros de trabajo; también son perpetrados por desconocidos y anónimos, y por grupos mafiosos de delincuentes ligados a modos de vida violentos y criminales. Sin embargo, todos tienen en común que las mujeres son usables, prescindibles, maltratables y desechables. Y, desde luego, todos coinciden en su infinita crueldad y son, de hecho, crímenes de odio contra las mujeres.

Para que se dé el femicidio concurren de manera criminal el silencio, la omisión, la negligencia y la colusión de autoridades encargadas de prevenir y erradicar estos crímenes. Hay femicidio cuando el Estado no da garantías a las mujeres y no crea condiciones de seguridad para sus vidas en la comunidad, en la casa, ni en los espacios de trabajo, de tránsito o de esparcimiento. Más aún, cuando las autoridades no realizan con eficiencia sus funciones. Por eso el femicidio es un crimen de Estado.

El femicidio se conforma por el ambiente ideológico y social de machismo y misoginia, de violencia normalizada contra las mujeres, y por ausencias legales y de políticas de gobierno, lo que genera condiciones de convivencia insegura para las mujeres, pone en riesgo la vida y favorece el conjunto de crímenes que exigimos esclarecer y eliminar.

Contribuyen al femicidio el silencio social, la desatención, la idea de que hay problemas más urgentes, y la vergüenza y el enojo que no conminan a transformar las cosas sino a disminuir el hecho y demostrar que no son tantas “las muertas”.

Lagarde, M. (2005). *Femicidio, el último peldaño de la agresión*. Recuperado de <http://www.mujeresenred.net/spip.php?article141>